



El Eco de Cartagena

AÑO XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9222

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7⁵⁰ id.—Extranjero.—Tres meses, 11²⁵ id.—La suscripción empezará a contarse desde 1^o y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. I. rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.º 1 (Pasaje de Recoletos.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIO

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, haciendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 18.301.675,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Vinda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

MIÉRCOLES 20 DE JULIO DE 1902.

MOSAICOS.

Más de mil dibujos diferentes en las tres clases que hoy se fabrican, en madera, barro cocido y cemento hidráulico.

Precios directos de las respectivas fábricas.

Museo Comercial.—Puerta de Murcia 38-40 y 42. Pasaje Conesa.

COLABORACION INEDITA.

LOS PADRES

Es tan grande el amor paternal, que generalmente ciega y no permite á un padre ver y apreciar en su justo valor las disposiciones y capacidad de su hijo. Todos se sorprenden, y admiran de su comprensión, de su idea, de sus ocurrencias y de su travesura, que le hace concebir esperanzas de que en él han de tener una notabilidad. Desde pequeños, si el chico se entretiene en hacer castillos de cartas, dice el padre: «esto va á ser bueno para ingeniero ó arquitecto»; si ha

ce pájaras de papel y las forma sobre la mesa, debe de ser militar; si tizna todas las paredes llenándolas de monigotes, pintor; si hace altaritos con aleluyas y santitos de barro, cura, y así por este estilo, según la manía que le dá al chico en una temporada, así presagia el padre lo que va á ser su hijo, aunque su disposición verdadera no sea para ninguna de aquellas carreras, que el padre cree debe dar á su hijo.

Resulta de esta idea concebida por los padres, por los inocentes juegos de sus hijos, que con frecuencia les dedican carreras que pugnan con su verdadera disposición, manifestada hasta claramente por la aptitud que muestran por los estudios que les hacen seguir, que por desgracia para ellos, pocas veces son los que cuadran y encajan en su verdadera disposición.

Esto sucede generalmente con los padres que por ser hombres de pocas luces y de escasa ó ninguna instrucción, creen ver en aquella

indicación pueril, marcada la capacidad de sus hijos. Es cierto que en ocasiones, lo ha sido en efecto, pero cuando la afición se ha presentado constante y persistente, ya en cierta edad, y no en la mudable distracción y entretenimiento de un niño en quien influye mucho la amistad y compañía de otros, que tengan tal ó cual afición, que como hemos dicho, suele tener temporadas.

Así es, que apoyado el padre en esa inclinación, que cree ver en su hijo, lo pone á estudiar para cura, por ejemplo; y como no nació para aprender latín, ni hay quien se lo meta en la cabeza, pierde un curso y otro, gasta el dinero, y el tiempo, y engaña á su padre, diciéndole que él era el primero de la clase, pero que el profesor le ha tomado ojeriza, porque un día lo cogió haciéndole burla y por eso ha salido suspenso ó reprobado. El padre lo cree, y se enfurece contra el profesor, y como no tiene elementos para apreciar los conocimientos de su hijo, le encarga á un amigo suyo, que sabe menos latín que el chico, que lo examina, y éste le dice que lo encuentra perfectamente, y contribuye al engaño. De este modo, y de embuste en embuste, pasa el tiempo y el padre cansado ya de gastar, desengañado y desesperado, pone al chico de dependiente de una casa de comercio, cuando ya casi es hombre y en edad de cantar misa.

En el mismo error ó muy semejante incurren también los hombres de claro talento y grande ilustración, aunque fundados en otros motivos, porque el cariño paternal pone á todos los padres una misma venda en los ojos.

El abogado famoso rodeado de una gran clientela que le produce una renta que le enriquece, sin consultar, ni estudiar la disposición de su hijo, quiere que sea abogado, aunque no sirva más que para sacristán, y en efecto le hace seguir la carrera, consiguiendo á fuerza de

años y de influencias licenciarse para comerse el capital de su padre, y tal vez desacreditar su nombre.

El militar afortunado que se ve con un alto grado, sin haber salido nunca de las oficinas generales, más que á tomar baños todos los veranos, manda á su hijo al Colegio militar, y quiera ó no quiera, le hace servir en el Ejército, aunque su verdadera inclinación sea para boticario.

El ingeniero, que por su gran disposición para las matemáticas, ha hecho una carrera brillante, piensa que su hijo la ha heredado, y es lo mismo que él, y le hace seguir esos estudios. Mas como no ha consultado su capacidad, el muchacho pierde el tiempo, no consigue acabar la carrera, y el padre por tenerle ocupado, se ve obligado á ponerle de escribiente de un Notario.

Los padres para obrar de esta manera tal vez se funden en que está probado que los españoles servimos para todo, y en este caso obran con cordura. Y sino véase si no hemos tenido frailes que han arreglado el Teatro, obispos que han organizado Ejércitos, militares que han arreglado la Magistratura, paisanos de la Marina de guerra, etc.

Apesar de esta capacidad para todo, si cada uno siguiese la carrera, arte ó profesión á que se siente inclinado, y para la que ha nacido, sin imposición de ningún género, sobresaldría forzosamente en ella, y sería mayor el número de las notabilidades.

El que por casualidad ha acertado se ha distinguido.

El que no, no ha hecho más que aumentar el montón de las vulgaridades.

M.

COLABORACION INEDITA.

SALUD AL JOROBETE

No se cual fuera su apellido; de hombre se llamaba Leopoldo.

Gozaba gran popularidad entre los limpiabotas y estos hasta cierto punto le consideraban porque pagaba bien.

Una de sus manías era sentarse á la puerta del café, reunir en fila á los limpiabotas, y cuando éstos estaban de rodillas ante él dispuestos á llevar á cabo la operación de embetunamiento y lustre, dar con la punta del pie en las narices al que más cerca tuviera.

El único que se libraba de esta broma agresiva era el jorobadillo.

Y se libraba porque su aspecto inspiraba lástima á Leopoldo, incapaz de maltratar á aquel ser harto maltratado por la naturaleza que lo creó deforme.

Aquel que recibía el puntapié del gomoso cobraba en cambio una peseta, y escuso decir á Vds. que todos deseaban recibir el golpe, todos menos uno, el jorobado que mientras los demás se aprestaban á la broma, él se disponía á reír pero jamás á recibir el golpe.

Bien es verdad que como he dicho, Leopoldo jamás le agredió, y en ocasiones desviaba el pie para no golpearle y golpear en cambio al compañero de fila.

Esto ocurría á diario y cuando mayor era la ausencia de Leopoldo pocos eran los días que duraba. Leopoldo veíase obligado á ella por necesidad.

He de decir á Vds. que Leopoldo no era un pollo y que si merced á los afeites lo parecía, no por esto en realidad lo era, que ya pasaba en los.... no los digo, me callo y así no seré indiscreto.

La broma de los limpiabotas y el gomoso siguió años y años, los peleles que entraban en el gremio ya sabían cual era el primer artículo de su reglamento; ser devotos de Leopoldo.

Un día el jorobado no asistió á la fila á reír de los puntapiés que los otros recibían.

Sus compañeros le echaron de menos, Leopoldo sonrió cuando se lo hicieron presente.

Y así pasaron días y días y en ellos dejó de asistir Leopoldo á la mesa del café.

Por fin un día reapareció acompañado de otro que desconocieron al pronto los limpiabotas, reconociendo luego en él al jorobado.

Por los últimos rumores cogidos al vuelo vinieron á saber su historia «hijo de amores» se digeron; ninguno torció el gesto, abrieron la boca para admirarse una vez pero la exclamación murió en los labios.

LUCI.

203

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 202

tuvo sumiendo al príncipe más y más en las incolores y desiertas regiones de su limbo.

«El deseo, no obstante seguía latiendo, pero no agujador, sino airado; y sin duda para ahogarle, el príncipe arrojó sobre el deseo y sobre su ser todo el hielo de la región polar. Si por acaso en sus paseos matinales llegaba á la pradera, ó el séquito de sus favoritos,—tenía gran eorte,—le hacía cruzarla en cualquier sentido, como viere á Sensitiva sentada en el otero con su pequeño rebaño y su hacecillo de mimbres, ni solo ni acompañado concedíale más que lo que se concede á la cosa en que ha de tropezarse: un rodeo para evitarla y hasta una vez, pesándole de verla allí, la dijo «¡vete!» otra cerró, y.... En fin que la antipatía y la repulsión se pronunciaron en el príncipe y el odio comenzó á mostrar su faz caracterizada de contracciones y esquivances.»

«A todo esto Sensitiva no era mucho mas feliz que el príncipe; instintivamente comprendía el foco de acumulados rencores que ardían en el corazón de aquel; su terrible menosprecio, y como éste punza mucho, amarga, ofendida y triste, se preguntaba ¿porqué? y no pudiendo darse cuenta, perdido en su espíritu el equilibrio, á veces rompía á llorar profundamente acongojada; á veces rompía á reír dando locas carcajadas, temerosa de que el otero y el césped y los pájaros y las ovejas, comprendiendo su pena la hallasen

dominaba, dióle á Luci algunos instantes para que calmase la suya, y en tono que hubo de revelar algo de lo que sentía, dijo:

—Sigue tu precioso cuento, niña, pues me interesa más, mil veces más, que si fuese el cuento de mis venturas.

Sonrióse Luci, dió las gracias al santiaguista y con acento ligero que no alcanzaba á velar, sin embargo, la violencia que se hacía para usarle prosiguió:

—Aquí empieza la acción, el nudo del drama como diría quien los hiciese ó los analizase: al callar la asustadiza Sensitiva, nació en el príncipe el deseo de oír la y empezaron las complicaciones. Fue un instante aquel de los que no deben señalarse con piedra blanca.»

Luci hizo la primer pausa: su espíritu se iba sobrecargando á medida que la ficción iba perdiendo sensiblemente su carácter.

—Y no era,—continuó sin que esta vez nadie la animase,—porque entre el deseo y su cumplimiento se abriesen abismos, como ahora decimos; todo estaba reducido á la simple y pura iniciativa de uno, y á la obligada y grata complacencia de otra, porque no hay espera donde todo no sea mutuo; pero el príncipe no lo hizo, la cantora, á gran distancia de adivinarle, no brindó gustos de que no tenía conocimiento, el deseo se quedó en su estado de deseo, y el encanto se sos.

XXI.

Después de golpearle ligeramente los labios con las fragantes flores que, de tan maravillosa manera le servían para dar el tono y acentuar la narración, Luci, volviendo á tomar actitud, recobrado un tanto su aplomo y por entero su aire autoritario de narradora; llevó su mirada del canónigo, como nunca benévolo y amable, á Alvarado, mudo, serio é impasible como siempre, y anudando el roto hilo de su cuento, dirigiéndose lo mismo que antes al segundo, dijo: